

# Julio Scherer y el perdón imposible

Elena Poniatowska

*Recientemente apareció el libro de Julio Scherer, El perdón imposible, un recuento minucioso del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile, perpetrado por Augusto Pinochet, y que desatara la barbarie fascista en América Latina en los años setenta. En este texto de presentación, Elena Poniatowska nos ofrece el retrato de uno de los periodistas más importantes del México actual.*

El martes 11 de septiembre de 1973 es una fecha clave en la historia de América Latina. Hace casi cuatro años, en el 2002, también un 11 de septiembre vimos empavorecidos la destrucción de las Torres Gemelas en Nueva York, pero por más horrible que resultó el atentado terrorista que hoy se prolonga en la guerra de Irak, los latinoamericanos recordamos el golpe de estado en Chile que acabó con la vida de Salvador Allende en el bombardeo del Palacio de la Moneda. ¿Se imaginan ustedes que el ejército mexicano bombardeara ahora mismo el Palacio de Bellas Artes? El bombardeo de la Junta Militar empezó precisamente a medio día, mientras nosotros hablamos. Julio Scherer García hace un estrujante relato no sólo de ello sino de algo totalmente nuevo que yo jamás había leído, el allanamiento de la casa de Tomás Moro, de los Allende, tal y como se lo

contó Victoria Morales conocida como Moy, esposa de José Tohá quien murió. Doña Tencha Allende había huido con lo puesto a la casa de un amigo, Felipe Herrera, y le pidió a Moy que recogiera su ropa, sus medicinas, una pulsera de oro, su bolsa abandonada y ciento cincuenta dólares guardados en un *secrétaire*. Moy obtuvo permiso, entró a la casa devastada, los muebles rotos, los espejos estrellados y las porcelanas hechas añicos, los roperos abiertos y saqueados, los ganchos sin vestidos.

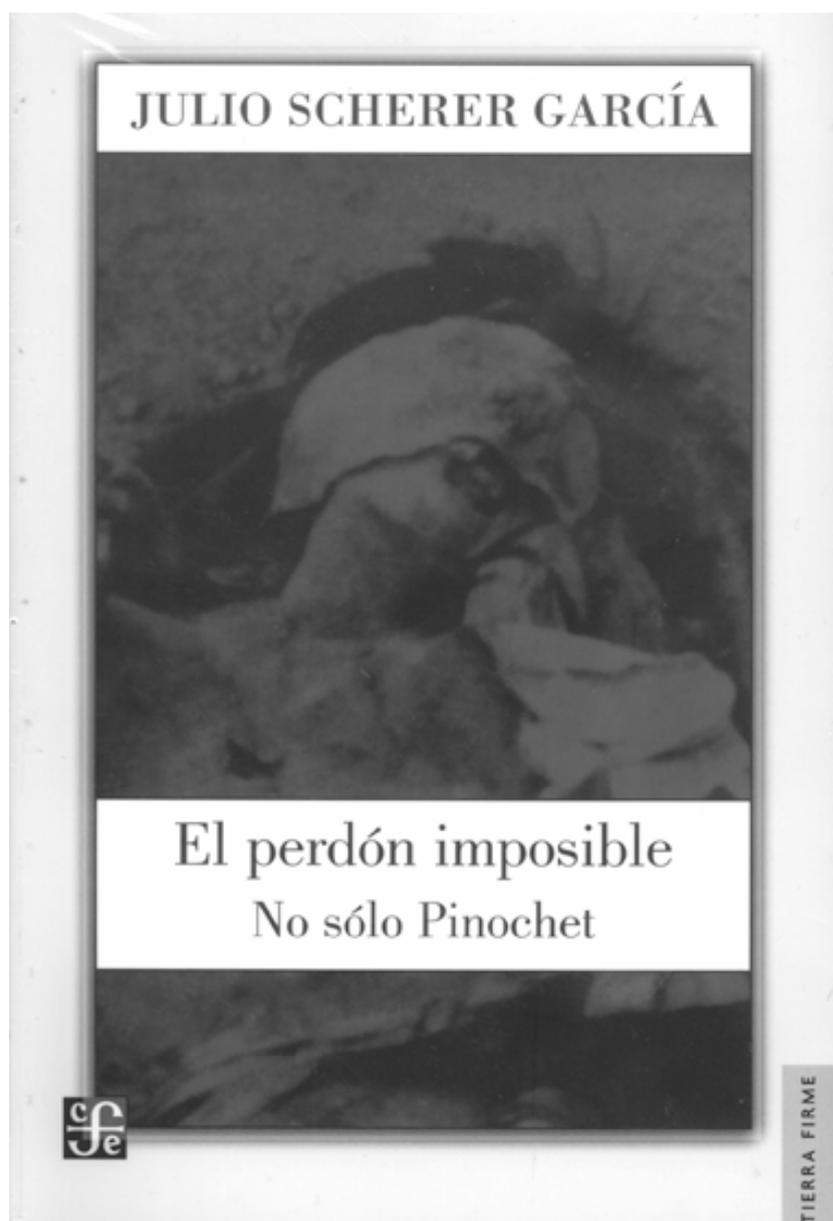
Busqué las medicinas. Había frascos sin tapa, pastillas en el suelo, ampolletas quebradas. De la recámara me quedó el organismo descompuesto, la náusea. Una bomba había abierto un boquete en el techo, atravesado la cama y explotado en el salón principal de la planta baja.

Después de constatar que todo había sido robado, que no había ni rastro de la colección de marfiles o de las pinturas, Moy le relata a Scherer:

Continué por un pasillo y llegué a la habitación del presidente. Sobre la cama, suelto el cinturón, semidesnudo, puestas las botas de guerra con sus puntas de acero, babeante, un soldado roncaba su cruda. Al lado, a medio llenar, se le había ido de las manos una botella de Chivas Regal.

¿Qué había intentado hacer Allende sino una revolución pacífica? La brusca interrupción de la vía chilena al socialismo nos cimbró a todos. México se portó a la altura de las circunstancias y nuestra política exterior (a diferencia de la actual), adquirió nobleza al apoyar el gobierno del marxista cuyo proyecto fue destruido por las bombas, condenó a Pinochet y rompió relaciones con su régimen. A diferencia de la Embajada China, por ejemplo, que cerró sus puertas a piedra y lodo a toda la gente de izquierda, la de México abrió las suyas. Italia, Argentina, Francia, Suecia y Venezuela acogieron a chilenos y a extranjeros y el solidario e indignado embajador de Suecia Harald Edelstam fue expulsado en diciembre de 1973 por la junta militar. Logró salvar centenares de vidas. Los mexicanos repudiaron el levantamiento militar apoyado por la clase alta y media chilenas que acabó de tajo con la esperanza de los países de nuestro continente. México recibió a un gran contingente de chilenos exiliados, protegió y le dio la razón a los perseguidos, y el presidente de la república en persona abrazó a la viuda de Salvador Allende, doña Tencha —como todos la conocemos—; la UNAM abrió sus cátedras a intelectuales chilenos de la talla de Pedro Vuskovic, del poeta Hernán Lavín, de Luis Maira que años más tarde habría de regresar como embajador de Chile en México; José Manuel Insulza, hoy en la OEA, José Valenzuela Feijóo, Inés Enríquez y muchos otros chilenos con carreras de primer orden. El Chile de Pablo Neruda y Gabriela Mistral se volcó en México y formó parte esencial de nuestra cultura. Doscientos mil hombres, mujeres y niños obligados a abandonar su país por motivos políticos buscaron asilo. Claro, no todos vinieron a México pero quienes lo hicieron nos enriquecieron y contaron su aterradora historia. Muchos se consideraban afortunados por haber sido arrestados al principio, antes que el gobierno militar y su aparato de inteligencia los torturara o matara o por haber conseguido asilo en nuestra embajada. De ahí, la memorable entrega de nuestro embajador en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá.

Con razón a Julio Scherer García le indignó que en ese mismo año, unos meses después, se le entregara el Premio Nobel de la Paz a Henry Kissinger.



Hasta hoy, el pueblo chileno denuncia y exige justicia como lo exigieron el Partido Comunista, el Socialista o el MAPU (Movimiento Social de Acción Unitaria) y partidos obreros y campesinos que presenciaron cómo los chilenos eran llevados al estadio nacional que sigue considerándose la cárcel más grande y más oprobiosa del mundo. Imposible olvidar que el cuerpo torturado de Víctor Jara fue encontrado en los basureros detrás del estadio.

El tema sigue vigente como lo demuestra recientemente la película *Machuca* del director chileno Andrés Wood que retrata su infancia bajo la dictadura, niño que mira, niño que no juzga, niño obviamente sin filiación política y que, por lo tanto, evidencia mejor que nadie las grandezas y las miserias. Patricio Guzmán, autor de otro documental: *Salvador Allende*, considera que Allende, personaje visionario, es el único que ha propuesto una revolución pacífica; fue la última utopía del siglo.

Julio Scherer García tiene algo de niño en su forma de encarar la vida. Insiste, se obsesiona, llora, es extraordinariamente apasionado, yo le digo que wagneriano por la magnitud de sus emociones y cuando un tema lo toca, un paisaje, un conflicto, un ser humano, no cesa en su intento de persecución. Por eso como lo comenta en la cuarta de forros Denise Dresser, Scherer:

Es un periodista parado del lado correcto de la historia. Parado de nuevo, donde hay que estar: cerca de la verdad y lejos del poder, cerca de la memoria y lejos del olvido...

*El perdón imposible* se hizo a lo largo de treinta años con entrevistas, declaraciones, crónicas y opiniones de quienes viven o reviven, palabra por palabra, el descarnado periodo de la historia ya que, para muchos latinoamericanos, el 11 de septiembre de 1973 sigue siendo el día más triste de su vida.

El 4 de marzo de 1974, seis meses después del asesinato de Salvador Allende, Julio Scherer entrevistó a Augusto Pinochet (que algunos creían que era el general más leal a Salvador Allende) en su oficina improvisada en el edificio Diego Portales ya que el Palacio de la Moneda quedó en ruinas: “Fugaz e intenso fue el encuentro con el general Augusto Pinochet”, dice Scherer y lo describe con trazos fulgurantes:

Pinochet tenía los lujos del poder. La línea perfecta de los pantalones gris celeste, el brillo sedoso de la guerrera blanca, el rojo de las charreteras, bordados en hilos de oro las estrellas militares y los laureles de la victoria. De arriba abajo, impecable la soberbia militar.

Scherer nos comparte su recorrido por aquel Chile donde:

La dictadura había convertido bares y restaurantes en centros de información. Los taxis eran confesionarios abiertos. En el Hotel Carrera, frente a La Moneda, hurgabán manos de paga, se escuchaba el murmullo inaudible de las delaciones.

La prosa de Julio Scherer es rápida, incisiva. Imposible encontrar en ella una frase larga. Escribe a lo Orozco, a latigazos rojos. Resume y golpea. Quizá fue el periodismo quien le enseñó a resumir. Por ejemplo, en uno de sus viajes visitó a Hortensia Bussi de Allende y nos la pinta en forma memorable:

Los ojos verdes de Hortensia Bussi despiden luz y la frente despejada se lleva bien con el rostro delgado. Sembrado de pecas, me llaman la atención tres o cuatro lunares grandes. De fuerte raíz, el cabello blanco le cubre la cabeza con holgura. Su vestido de ese día es color crema y los mocasines de un café desvanecido parecen nuevos. No crea, tienen muchos años como yo.

También es rápida y eficaz la imagen que nos da del juez Juan Guzmán:

Guzmán, próximo a una jubilación de mil dólares mensuales, sobrepasa el uno ochenta de estatura. Hay en él un fantasmal quijote de ojos que no duermen. Su cara es flaca y pronto se dejará el bigote y una bien cuidada barba en punta.

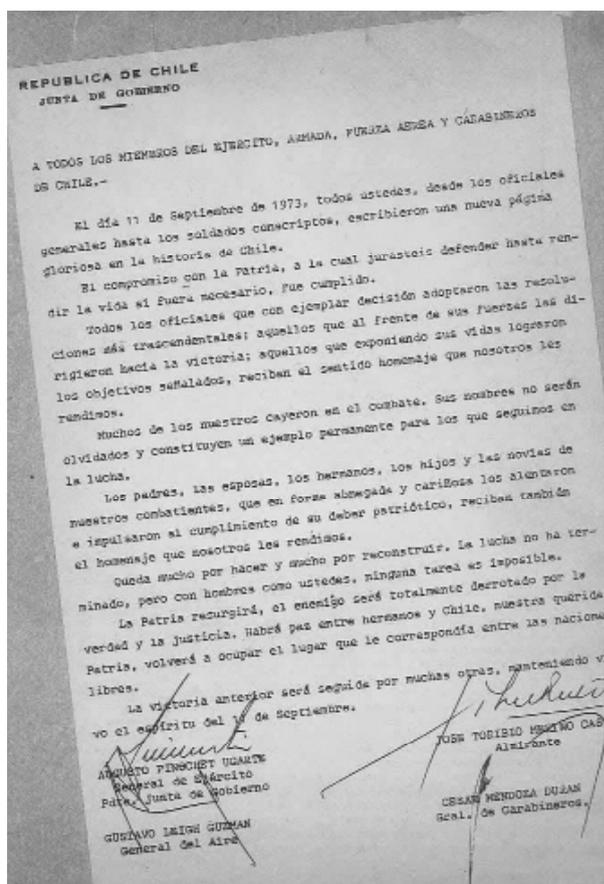
“Julio Scherer ha sabido templar en su pluma la calidad literaria y la valentía de un periodismo trascendente”, afirma Ignacio Solares, así como también afirma que “la hermosa paradoja es que cuanto más literario es el periodismo y más periodística cierta literatura, más histórica y más operante se vuelve”. Javier Sicilia abunda en el tema de la exploración del Mal de Scherer al comentar otro libro *El indio que mató al padre Pro*:

Si Scherer ha sido grande es por esa fina mirada en contra de viento y marea, a riesgo de su propia vida, con una intensidad poco común —que en la entrevista que le hizo a Pinochet le valió la expulsión indignada del dictador.



Conocí a Julio Scherer sin pelo blanco en los cincuenta, en el *Excelsior* de Rodrigo de Llano y Manuel Becerra Acosta padre, en 1954, hace la friolera de cincuenta y un años, pero lo recuerdo sobre todo en el avión que nos llevaba a Cuba en 1959 y su afán por entrevistar a Fidel Castro. Era entonces un reportero arrebatado que se comía las uñas, capaz de todo con tal de conseguir una entrevista. Fidel Castro las concedía a cualquier hora de la noche y tenía a los reporteros en ascuas. Podían ser requeridos a las dos, a las tres de la mañana. De ahí la intensidad de sus ojeras y la evidente ansiedad del joven reportero. A lo largo de los años siguió desvelándose, cuidándose poco, diciendo “no me duele nada y no tengo nada” un segundo antes de que lo llevaran de urgencia al hospital, como le consta a su hija María Scherer. Resistente al dolor, Julio ha expulsado el miedo de su vida. ¿A qué le teme Scherer si nunca le tuvo miedo a nada salvo, quizás, a la traición del amigo? (¡Y vaya que lo traicionó el abyecto Regino Díaz Redondo!) A lo largo de los años, ha trabajado hasta altas horas de la noche. Puntal del periodismo nacional, para él no hay sino la persecución de una noticia. Hasta sus desayunos y sus comidas son de trabajo. Habría que decir que los desayunos, las comidas, la copa, son indispensables en su cotidiana odisea. Sus conversaciones con los poderosos (los conoce a todos) se dan en torno a una mesa. En Chile se reúne en “Le Flaubert” con amigos e informantes y nos sienta a la mesa, escuchamos el diálogo, inquirimos y condenamos con él. Siempre me ha llamado la atención esa forma de escribir. Es un poco quizá la de Sartre y Simone de Beauvoir que se la vivían en el “Flore” y allí desde una mesa de café le daban cita a la historia. También me llaman la atención las estrechas relaciones de amistad casi como de candado que Julio forja con ciertas personas, políticos, intelectuales, colegas. Sólo él tiene la llave y mientras dura mantiene el contacto al rojo vivo. De Fernando Léniz, gerente del diario *El Mercurio* de Chile dice:

Si Léniz se encontraba en Londres y yo en Nueva York, uno de los dos tomaba el avión para encontrarse con el otro. La relación se fue haciendo sólida. Para toda la vida, nos decíamos. Sin embargo, después del golpe, esta relación apasionada se acabó.



Julio Scherer García, sus largos conciliábulos con políticos, sus condenas y sus fidelidades, sus iras sagradas, su desesperación porque “la justicia avanza con lentitud de carreta”, su bárbaro deseo porque se haga justicia y su terco afán por el proceso, (supongo que de ahí viene el nombre de su revista) podría decir como lo dijo Allende: “Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor” porque ése ha sido el objetivo de su vida y de su obra. No estoy de acuerdo, sin embargo, con su aseveración acerca de que Jesús Piedra Ibarra, el hijo desaparecido de doña Rosario Ibarra de Piedra es un “desaparecido virtual” y tampoco con la de que el contestatario Ignacio Arturo Salas Obregón “se entregó a matar como al placer” porque en eso de los desaparecidos la voz autorizada es la de Rosario y no la de “Los patriotas”.

Muchos lectores hemos seguido la obra de Scherer a lo largo de los años. *La piel y la entraña*, biografía de

Resistente al dolor, Julio ha expulsado el miedo de su vida. ¿A qué le teme Scherer si nunca le tuvo miedo a nada salvo, quizás, a la traición del amigo?

David Alfaro Siqueiros publicada en 1965 es su libro más voluminoso. El propio Julio contó que a raíz de una entrevista mía hecha en la cárcel y publicada en el suplemento “México en la Cultura”, el domingo 23 de octubre de 1960 pensó: “Si esta vieja puede, yo también” y decidió dialogar largamente con el Coronelazo y sacar a la luz el relato de su vida. Después habría de lanzar *Los presidentes* en 1986, *El poder, historias de familia* en 1990, *Estos años* en 1995, *Salinas y su imperio* en 1997, *Tiempo de saber* en 2003, *El indio que mató al padre Pro*, en 2005 y las entrevistas a personajes importantes de la historia que le valieron el Mary Moors Cabot en 1971 y el de Periodista del Año de la Atlas World Press Review de los Estados Unidos en 1977 sin olvidar el desaparecido premio Manuel Buendía en 1986 que conceden trece universidades de la república. ¿Se presentaría Scherer García a recibir estos premios? Quién sabe. No le gusta manifestarse en público ni encaramarse en *presidium* alguno y fue un acérrimo enemigo del 4 de junio, irrisorio día de la libertad de prensa en nuestro país.

A lo largo de su respetabilísima carrera está el asedio a un personaje (o quizás un fenómeno) al que no deja en paz: el Mal, tal y como lo han constatado Sicilia y So-

lares. Lo desenmascara, lo atrapa, lo hace confesar. El suyo es casi un afán religioso a la manera de José Revueltas. A Scherer, muchos lo vimos encabezar al lado de Abel Quesada, Vicente Leñero, Manuel Buendía, Ricardo Garibay, Miguel Ángel Granados Chapa, la salida de ciento y un periodistas a la hora del “golpe a *Excélsior*” en 1976. Peleó contra la traición de Echeverría y el sucio golpe a la democracia en México que envileció no sólo al periodismo mexicano sino a la sociedad entera. Muy poco tiempo después ese golpe habría de dar origen a la revista *Proceso* de la que todos aquí somos lectores.

Quizá Julio Scherer sea bueno para los golpes porque ahora nos da a conocer su libro *El perdón imposible. No sólo Pinochet*, con nuevos testimonios del horror, publicado por el Fondo de Cultura Económica en la colección Tierra Firme.

Con la aportación de informaciones más recientes del doctor Joan Garcés, quien ayudó a Salvador Allende en su cuarta campaña a la presidencia de Chile y documentó desde 1973 el genocidio, Scherer pudo remontarse al pasado.

El proceso sigue y seguirán llegando a Chile pruebas

La prosa de Julio Scherer es rápida, incisiva. Imposible encontrar en ella una frase larga. Escribe a lo Orozco, a latigazos rojos. Resume y golpea.



judiciales contra Pinochet y sus cómplices. La última estrategia, la silla de ruedas, rebasa el desprecio para un hombre que torturó y asesinó hasta cansarse.

El nonagenario dictador echó mano de varias artilugios: mostrarse al mundo como un ser frágil, enfermo, fingir demencia senil, exhibir su invalidez. ¿Y curiosamente muchos se dispusieron a empujar su silla de ruedas! Procesado por supuestas leyes que dicen que a partir de los ochenta años la condena se da con “arraigado domiciliario”, Pinochet, senador vitalicio, sigue ofendiéndonos. ¿Qué prisión es ésa para un asesino? ¿No estaría de todos modos recluido en su propia casa por su avanzada edad?

Finalmente, Julio Scherer García (insisto en el García) visualiza los últimos momentos del presidente Salvador Allende, recoge declaraciones de personas cercanas a él así como un encuentro con su viuda, Hortensia Bussi, Doña Tencha, años después del golpe. Nos informa acerca del “Plan Z”, preparado por los propios golpistas después del 11 de septiembre: un plan monstruoso para torturar y asesinar que le abre la puerta a “La Caravana de la Muerte” del general Arellano Stark llamado “El Carnicero” así como también a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) creada para el exterminio. Habla de la militarización de las universidades incluyendo a la Pontificia Universidad Católica, del sometimiento al régimen pinochetista de los presidentes de la “transición democrática” de los años noventa: Patricio Aylwin y Eduardo Frei, que combatieron a Salvador Allende.

Augusto Pinochet destruyó la democracia, golpeó a la ciudadanía, levantó un país de oligarquías aboliendo el sufragio cuando Chile era el más democrático de los países latinoamericanos, la Suiza de América. (Otros dicen que la Escandinavia). Al igual que el dictador Porfirio Díaz en México que ordenó “mátenlos en caliente”, Pinochet bombardeó su propia ciudad, el blanco fue el Palacio de la Moneda y torturó y mató a sus compatriotas. El 17 de julio de 1998, en Roma, ciento veintidós países (claro, sin los Estados Unidos) ratificaron el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional que juzga a los gobernantes que han cometido crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad e incluye un artículo que dice que para entregar a un acusado a la justicia mundial, debe obtener el consentimiento de su país. A Scherer lo sublevó que el consentimiento no se generalizara.

Scherer García le pregunta a su entrevistado Joan Garcés, cuál es su vaticinio y responde: “Me gustaría equivocarme, pero creo que *no* habrá condena en Chile si en la mano del gobierno está evitarla”.

¿Son males necesarios para la historia los amigos del poder lacayunos que desde sus posiciones de privilegio



sólo preservan sus cotos de poder a lo largo de su vida? —podríamos preguntarle a Julio Scherer.

Julio Scherer García termina su libro con reflexiones sobre la situación del mundo y le pregunta al presidente Ricardo Lagos, socialista y allendista, qué sucederá en el futuro, qué será de los imperios que se levantan como China: “¿Qué va a ocurrir cuando su economía sea más grande que la norteamericana?” ¿Y el caso de Cuba? ¿Realmente el pueblo cubano quiere que Fidel Castro continúe en el poder? ¿Hasta dónde es soberana la conciencia de un líder? Y Scherer García apunta: “Moralmente, no es admisible que las necesidades esenciales de muchos sean soporte para la creación de imperios económicos y dinastías faraónicas”.

En *El perdón imposible* el juez Juan Guzmán opina que Pinochet burlará a la justicia pero no a la historia: “la biografía oficial del general consignará la oscuridad de su mente: ‘murió irresponsable, infantil’”.

En efecto, la muerte ronda al dictador, sus días están contados y Pinochet fallecerá en su casa, en medio de la terrible oscuridad de sus noventa años, temeroso, repudiado por su país y por el mundo, condenado ya por la historia. Nos preguntaremos si alguna vez estuvo en sus cabales, si no vivió toda su vida imbecilizado por el poder como viven muchos de nuestros magnates que se llevan al otro mundo, como el saldo de toda su vida, la íntima certeza de haber sido un débil moral y un pobre diablo.

En cambio Scherer García, incólume sentirá que ha cumplido su tarea. U